

BOLETÍN
DE LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BRAE TOMO XCIV – CUADERNO CCCX – JULIO-DICIEMBRE DE 2014
Edición facsímil conmemorativa del I centenario del BRAE

ESTERTORES LATINOS Y VAGIDOS ROMANCES
de Emilio Alarcos Llorach

Artículo aparecido en
BRAE TOMO LXXV – CUADERNO CCLXVI – SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 1995

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO LXXV. - SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 1995. - CUADERNO CCLXVI

Estertores latinos y vagidos romances*

Aunque con voz de carraca, más propia de los oficios de tinieblas que acorde con ocasión tan jubilosa como esta, me dispongo, "disciplinado y recto", a desempeñar por subrogación el alto menester que la benevolencia de la Academia ha hecho recaer sobre mis hombros mezquinos.

Es deber honroso y satisfactorio el de discurrir una vez más sobre los orígenes de nuestra lengua española (que en sus principios fue sin duda castellana) y precisamente en este monasterio ilustre de Silos, que restauró el santo monje de Cañas, cuando, hacia 1040, huyendo del sañudo rey García de Nájera, dejó el priorato de San Millán y, como escribió Berceo,

beviendo aguas frías, su blaguiello fincando,
arribó en la corte del rei don Fernando.

Del cenobio riojano, según parece, vendría, en tiempos de Santo Domingo, el código que aquí se custodiaba y que contiene las llamadas *Glosas Silenses*. Estas anotaciones, junto con las *Glosas Emilianenses* de otro código de la Cogolla, hoy en la Academia de la Historia, son las primeras muestras gráficas pa-

* Lección pronunciada en la Junta Pública que la Real Academia Española celebró el jueves 22 de junio en el Monasterio de Santo Domingo de Silos, con motivo de la Exposición "El Scriptorium de Silos y el Origen de la Lengua Castellana". A continuación, las palabras de salutación a los señores académicos pronunciadas por el Abad de Silos y por el Presidente de la Junta de Castilla y León.

tentes del romance hispano, si descontamos la *Nodicia de kesos* escrita en el monasterio de Rozuela, junto al Esla leonés, al respaldo de una donación del siglo x.

Es frecuente referirse a estos más antiguos testimonios del romance llamándolos los primeros vagidos de nuestra lengua. Esta figura de los vagidos del español procede de la habitual equiparación de las lenguas con los seres vivos, que nacen, crecen y mueren. Y aunque es expresiva, induce a imaginar que un idioma en sus estadios conocidos más arcaicos tiene que ser débil, inhábil y vacilante como criatura recién nacida. Parece como si, entre los estertores del latín que se empleaba en las escrituras, cada vez más corrupto y alejado de la norma clásica, empezaran a oírse, inexpertos y espontáneos, los primeros balbuceos del español. Cada niño, en efecto, comienza a hablar, a comunicarse, con vagidos, y su lengua se va desarrollando sin cesar hasta la muerte; pero las lenguas no nacen así, porque no "nacen" en sentido estricto, se adquieren, y son sus usufructuarios los que las adaptan, las modifican, las fomentan o las destruyen al dejar de utilizarlas.

De la figura de los vagidos echó mano con singular fortuna nuestro admirado Dámaso Alonso, aunque ya antes la empleó el venerable maestro de todos don Ramón Menéndez Pidal, aludiendo en particular a la glosa más larga del código *Emilianense*, aquella doxología traducida y ampliada por el escriba con una apostilla personal que tantas veces se ha repetido: «cono a'utorio . ð nuesto dueno . dueno xpô . falbatore . qual dueno get ena honore . equal duêno tienet . ela mandatjone . cono padre cono fpû lcô enof fieculof . delofieculof . facanof ðf ompef tal ferbitjo fere . ke ðnâte ela fua face gaudiofo legam* . Amen», y que sonaría más o menos así: "Cono ayudorio de nuestro dueño, dueño Cristo, dueño Salbadore, cual dueño yed ena honore, e cual dueño tiened ela mandacione cono Padre, cono Spîritu Sancto, enos siégolos de los siégolos. Fáganos Deus omnipotes tal serbicio fere ke denante ela sua face goyosos seyamos. Amen." La casualidad de que sean palabras elevadas al Sumo Hacedor los primeros vagidos por escrito del romance, ha hecho pensar que significan un anuncio del destino transcendente de la vividura española. No debemos, sin embargo, olvidar que la

Nodicia de kesos es muestra eficaz de que, también desde los orígenes, el *homo hispanicus* no ha descuidado las necesidades terrenas, a juzgar por la escrupulosa contabilidad que de los quesos vendidos llevaba el cenobita de Rozuela.

Se ha insistido muchas veces en que estos testimonios escritos del siglo XI son mero indicio de que entonces se hablaba en las tierras riojanas y durienses algo que ya no era latín y que se parecía al castellano medieval y al español moderno. Y surge la pregunta: ¿cuándo se puede asegurar que lo que se hablaba en Hispania dejó de ser latín y se convirtió en romance español? No hay respuesta posible, porque fijar una frontera absoluta y precisa entre el hablar latín y el hablar romance es arbitrario.

Los habitantes de la Península, en cuanto aprendieron mal que bien el latín que trajeron los romanos, y abandonaron sus idiomas originarios, han seguido, sin ninguna dificultad hasta hoy mismo, comunicándose entre sí sin solución de continuidad, generación tras generación. A pesar de lo cual, no afirmariamos de ningún modo que seguimos hoy hablando en latín. Si un indígena latinizado de la época de Trajano pudiese oírnos, no nos entendería en absoluto. La lengua se ha modificado. El curso de la vida humana es tan breve que los hablantes son apenas sensibles a las mudanzas paulatinas de la lengua. Pero la acumulación de tantos siglos ha intensificado las transformaciones: lo que hablaba un ciudadano de Itálica sería incomprensible para un señorito de Sevilla.

¿Cuándo, pues, se produce un cambio de lengua? ¿Cuándo podemos afirmar que «nace» un idioma? Apartemos las figuras de los estertores de las lenguas en declive y de los vagidos de los idiomas en auge. Las lenguas, repitamos, no son organismos vivos que nacen en un momento preciso, sino instrumentos creados y modificados por el hombre en sociedad y que este maneja a su antojo dentro de los límites impuestos por la función que desempeñan, esto es, la de comunicarse con sus semejantes. Las lenguas no cambian, sino que son los hombres los que transforman la lengua, o, con más rigor, los que cambian de lengua, tal como mudan su atuendo o las ideas, aunque cierto es que con menor oportunismo y con ritmo infinitamente más lento que el de las veleidades de la moda o de la conveniencia pragmática.

Los instrumentos materiales se ofrecen al hombre perfectos y conclusos, y este solo debe adiestrarse en su manejo. El instrumento lengua, en cambio, se adquiere en un proceso lento durante el cual el hablante se va adueñando de ella, y a la vez aprende a manejarla de acuerdo con lo que oye a su alrededor abstrayendo lo común y pertinente de entre las numerosas variedades individuales. Pero la reconstrucción individual del sistema de lengua vigente en el entorno, cumplida por reflexión más o menos inconsciente sobre los productos concretos oídos, no llega a ser imitación cabal, dada la infinita, aunque mínima, variabilidad humana, y, así, la interiorización de la lengua en cada hombre no puede resultar idéntica; cada uno recrea el instrumento comunal sin reproducir el modelo con fidelidad absoluta. He aquí uno de los factores del cambio lingüístico.

Cuando dos instrumentos de comunicación, dos lenguas, por vicisitudes históricas concretas, conviven en una misma comunidad, una de ellas, la dotada de mayor prestigio y con mejores expectativas para la vida práctica, termina por imponerse a la otra, que van abandonando sus usuarios paulatinamente al paso de las generaciones. En estas situaciones de bilingüismo, puede ocurrir que los niños no acierten a delimitar con rigor los dos sistemas concurrentes, y por tanto el instrumento que recrean resulta híbrido en grados diversos. Si por circunstancias histórico-culturales descende el número de hablantes modélicos de las dos lenguas en contacto, el nuevo instrumento intermedio se convertirá en el modelo que imiten las generaciones subsiguientes.

Los mojones que establecemos los historiadores de la lengua dividen en tramos el fluir continuo del tiempo solo para poder orientarnos. Careciendo de registros orales de las lenguas del pasado (hasta hoy no han existido magnetófonos), debemos guiarnos solo por testimonios indirectos del habla: su consignación por escrito en diversos documentos. Los llamo indirectos porque de lo dicho a lo escrito hay gran trecho. Nunca se escribe como se habla. Al escribir se mantienen tradiciones idiomáticas que no se corresponden ya con la realidad oral. Al estudiar, pues, las lenguas del pasado, el lingüista ha de tener en cuenta la diferencia entre escritura y oralidad.

Tras expandirse la latinidad en la Península, los testimonios escritos, e incluso los posteriores a la invasión musulmana, siguen utilizando a primera vista el latín, no exento de incorrecciones. Solo se ponía por escrito lo que se consideraba digno de recordación, bien a efectos prácticos (documentos jurídicos), bien por motivos sacros o retóricos (obras religiosas o eruditas). Con el curso de los siglos, aumentó tanto la distancia entre lo escrito conforme a la tradición latina y lo oral, que el entendimiento de lo escrito requería un aprendizaje que solo emprendían los menos. La mayoría de la población, analfabeta (y no solo las clases bajas), seguía practicando la lengua coloquial, y únicamente clérigos y curiales eran capaces de trasnotarla en los documentos disfrazándola de latín. Es muy posible que al leer el escribano un documento lo hiciese pronunciando el aparente latín como si fuese romance. Es decir, lo que consideramos latín en tantos documentos jurídicos (ventas, donaciones, etc.) no sería más que una transcripción, con ortografía compleja, de la expresión oral. La oposición que solemos reconocer entre el latín de los documentos y el romance coloquial sería en realidad la que se da siempre entre lengua escrita y lengua hablada, aun siendo ambas una misma lengua.

En un momento dado, a alguien se le ocurrió consignar directamente el romance, lo que se hablaba, sin recurrir a las pautas ortográficas y normas gramaticales del latín, según se venía haciendo ya, por fuerza, cuando había que notar nombres propios carentes de equivalencia en aquel. Ha insistido en ello Roger Wright, y piensa que ese momento fue el siglo XI, cuando se restaura la pronunciación latina con la llegada de los cluniacenses. Entonces (quizá como reacción xenófoba de algunos monjes) se incrementa el esfuerzo por dotar de nuevas reglas ortográficas al romance y cabe situar su *nacimiento*, es decir, su nacimiento como lengua escrita.

Ya hemos dicho que antes de aparecer estos primeros documentos, con grafía simplificada y más idónea, el romance ya se hablaba. Hace unos años, al celebrarse en San Millán de la Cogolla el milenario del español, no se pretendía asegurar la fecha de su aparición. Se sugería solo que los primeros escritos conservados en un idioma análogo al español y diferente del latín

poseen aproximadamente antigüedad milenaria. El hecho de que se comience a escribir el romance de otra manera que el latín significa que los hablantes se han dado cuenta de que esa lengua y la que usan ya no son la misma. Es decir, podemos afirmar que entonces «nace» en la conciencia de los hablantes una nueva lengua histórica.

El romance que luego se llamaría castellano existía, pues, antes de las *Glosas*. Su origen remoto se encuentra en el latín coloquial aprendido por los indígenas de un rincón cantábrico en los altos valles del Ebro y el Pisuerga, alejado y aislado tanto de los centros de la romanidad como del poder visigodo de Toledo. Entre los cántabros y demás pueblos vecinos del Norte, la romanización había sido poco intensa y se supone que durante bastantes siglos convivieron los idiomas indígenas y el latín utilizado en sus relaciones con los romanos. Parece plausible que los indígenas de esas áreas remotas no alcanzaran demasiado pronto un dominio adecuado del latín. El bilingüismo fue decayendo conforme se fueron olvidando las lenguas prerromanas (aunque una de ellas, el vascuence, ha perdurado fragmentada en los antiguos territorios de autrigones, caristios, várdulos y vascos). Probablemente, en las áreas cántabras se originaría una especie de criollo o lengua mixta que poco a poco fue asimilándose al latín aun conservando ciertos rasgos propios y que terminó por absorber a los idiomas indígenas. Algo similar sucedería en las zonas al occidente.

Cuando en el siglo VIII los musulmanes invaden y ocupan la Península destruyendo el reino visigodo, las regiones del norte peninsular quedaron a su propio arbitrio. Los invasores tuvieron poco interés en ocuparlas de hecho. A ellas llegaron fugitivos grandes contingentes centro-meridionales mucho mejor latinizados y que hablarían un romance más conservador. Abandonados a sus propios recursos, en cada comarca norteña, los hablantes persistieron en sus peculiaridades idiomáticas, alejándose del latín escrito. De tal manera, conforme se consolidan los reinos cristianos, se van configurando los varios romances hispánicos con el aporte, sin duda considerable, de los advenedizos mozárabes.

El castellano primitivo era la lengua coloquial de una peque-

ña zona al margen del reino de Asturias (luego reino de León), en la montaña santanderina y burgalesa. Las fortificaciones erigidas en ella contra la amenaza musulmana le dieron nombre: *Castilla* (de *castella* 'los castillos'). Sus habitantes, en el supuesto de que hubieran ya dejado de ser bilingües, seguían estando a oriente en contacto íntimo con las gentes vascongadas. A ello aluden algunos topónimos de la zona: *Villabáscones*, *Báscones de Ebro*, *Báscones de Valdivia*, *Bascuñana*, *Basconcillos del Tozo*, *Bascuñuelos* ... Hasta el siglo ix, los condados de las altas tierras burgalesas, en la Castilla Vieja, eran una especie de barbacana al sur de la cordillera para vigilar y defenderse de las incursiones de los sarracenos, que, por otra parte, no llegaron nunca a asentarse hacia el norte más allá de Nájera. A finales de esa centuria, se repueblan las tierras llanas hasta el Arlanzón y después hasta el Duero. Cuando la corte pasa de Oviedo a León, parecen comenzar las desavenencias entre los condes castellanos y los monarcas leoneses. A mediados del siglo x, el conde de Burgos, Fernán González, logra reunir en su persona los condados castellanos y, conseguida cierta autonomía, echa las bases del predominio de Castilla. A pesar de las incursiones devastadoras de Almanzor, a la muerte de este (1002), el nieto de Fernán González, Sancho García, es un conde poderoso y respetado de los reyes leoneses y navarros y de los jefes musulmanes del desvanecido califato. Sus dominios habían llegado a la Cordillera Central. Muerto Sancho el Mayor (1035), es coronado rey de Castilla su hijo Fernando, que, al heredar el reino de León, pasa a ser el monarca más poderoso de la Península, "par de emperador". Con sus hijos y sucesores, Sancho II y sobre todo Alfonso VI, Castilla da un nuevo paso hacia el sur con la conquista de Toledo (1085). La tercera etapa, y casi conclusiva, se produce ya en el siglo xiii, cuando Fernando III, unificando definitivamente León con Castilla, emprende la conquista del valle del Guadalquivir.

Los tres avances hacia el sur favorecieron la difusión del dialecto castellano sobre zonas lingüísticamente no homogéneas. La ocupación del valle del Duero, en el siglo x, representa el contacto con una escasa población que conservaría los rasgos lingüísticos más o menos uniformes del centro en la época visigó-

tica. En ese siglo y en el siguiente, los testimonios escritos revelan características no del todo castellanas, análogas a las de La Rioja y Navarra. La comunicación lingüística entre los habitantes de las distintas zonas sería bastante fácil y no infrecuente (correrías militares, peregrinaciones religiosas, intercambios comerciales). La diversidad de las hablas romances no entrañaba diferencias radicales que impidieran el entendimiento mutuo. Recordemos la anécdota tomada por Menéndez Pidal del historiador árabe Ibn Hayyân, de cómo el conde castellano Sancho García habló a los notables de la ciudad de Tudela de Navarra, entonces musulmana, con "elegancia persuasiva" y "eficacia de palabra". Si esos notables de Tudela entendían a Sancho García y hasta apreciaban sus cualidades locutorias, no ha de pensarse que el conde les hablase en árabe, ni siquiera en latín, sino en su romance castellano, porque también sería romance el idioma de los sarracenos tudelanos (una variedad del romance cesaraugustano), y aunque uno dijese, por ejemplo, *muger* y *hecho*, y los otros pronunciasen *muller* y *feito*, la comprensión mutua sería fluida.

Cabe pensar que en el territorio de esta Castilla duriense, los pocos residuos de población autóctona, aunque conservasen un romance más arcaico que el de los castellanos norteños, no pudieron afectar demasiado con su conservadurismo a los pujantes advenedizos, reforzados además por contingentes de repobladores vascongados. Se arraigaron, pues, en Burgos y su entorno, los rasgos más particulares del castellano: la [h] aspirada (en contra de la *f*- latina conservada en los demás romances: *fumu* y *farina* resultaban [humo] y [harina]); la reducción del diptongo en *-iello* [illo]; la pérdida de *g'*- inicial palatalizada (*genuculu* > *inojo*); la fricativa central deslateralizada procedente de *l + yod* (*palea* > *paja*); la fusión en [ç] del grupo *it* (*nocte* > *noche*); el avance articulatorio de la combinación latina *sc'* (*pisce* > *pez*); la escisión y fijación fonemática en [ie] y [ue] de los fluctuantes diptongos provenientes de *ě* y *ǫ* abiertas, que, en cambio, se conservan ante ciertos tipos de *yod* por inflexión y cierre; la generalización de *l*-simple inicial. Todos eran rasgos divergentes de los difundidos al este, al oeste y al sur. Así, frente al castellano *hoja* [hoža],

silla, elar, mucho, haça [haša], *muerto, luna*, los demás romances presentaban resultados de otro tipo: *fuella, siella*, [želar], *muïto, faxa, muorto-muarto, lluna*.

Pero en el siglo XI, se restaura el camino de Santiago; acrece el flujo de peregrinos y mercaderes de ultrapuertos; los cluniacenses reorganizan cenobios y diócesis, enderezan el ruinoso pseudolatín de los notarios y los eclesiásticos; se sustituye, a partir de Alfonso VI, el rito mozárabe por la liturgia romana y se impone la letra francesa en lugar de la visigótica. Todo ello significa un cambio profundo en el modo de vida de los castellanos. A la vez, el rey extiende su poder a la cuenca del Tajo, con la toma de Toledo. Allí la población mozárabe era muy numerosa, bien organizada; mantenía su dialecto heredado con rasgos en parte opuestos a los castellanos, y aunque en principio los norteños y los mozárabes se mantuvieron separados, eran lógicas las influencias mutuas. Los francos y los mozárabes tuvieron que desempeñar papel muy eficaz en la incipiente fijación escrita del romance castellano, frenando u ocultando alguno de sus fenómenos característicos. Las minorías cultivadas reprimirían como rústicos algunos rasgos ajenos al latín restaurado, o a los hábitos conservadores de los mozárabes, o a las peculiaridades ultramontanas de los clérigos francos. Hasta rechazan lo propio de estos cuando coincide con el habla popular: si los cultos preferían escribir *f-* frente a la aspiración castellana, la insertaban también en lugar de la [h] de los galicismos de stirpe germánica; y así, adoptaban *honte* como *fonta*, *hiraute* como *fa-raute*. En este ambiente de interferencia del latín, de conservadurismo mozárabe, de modas galicadas, se iría cuajando en los medios cultos el castellano de base toledana que predomina en las manifestaciones literarias de la Edad Media.

A esa época pertenecen las *Glosas*. No entraremos en la discusión de los problemas que atañen a los códices que las contienen, examinados tras Menéndez Pidal, en los últimos tiempos, por tantos estudiosos (Dámaso Alonso, Lapesa, Alvar, Díaz y Díaz, F. Rico, Ariza, García Turza, Wright, Wolf, César Hernández, Ruiz Asencio, etc.). No nos ocuparemos de concluir si las glosas se escribieron todas en San Millán, si el código Silense fue copiado de otro anterior que ya llevaba las glosas, si las del

Emilianense son posteriores a la señalización gramatical y sintáctica que revela, si unas y otras proceden del mismo autor, aunque los amanuenses fuesen distintos; ni siquiera de los propósitos con que se escribieron tales apostillas. ¿Fueron las glosas, al menos las Emilianenses, producto de un maestro que preparaba su lección de latinidad? ¿Fue más bien un aprendiz el que insertó tanta pista auxiliar para su estudio? ¿Se guiaban en su labor por un lexicón preexistente? No importa demasiado desde el punto de vista de la lengua.

Aunque yo crea que las glosas provienen de un aprendiz, lo importante es el tipo de lengua que reflejan y que ya caracterizó Menéndez Pidal en su estudio de los *Orígenes del español*. Los anotadores riojanos —si aceptamos que el código Silense procede también de la Cogolla— intentaron reflejar el habla propia de su región, que entonces —inicios y mediados del siglo XI— estaría influida por el romance navarro. Desde el punto de vista gráfico, según hemos dicho, los escribas más familiarizados con la corrección latina, se habían visto forzados a veces a transcribir los topónimos o antropónimos cuyo equivalente latino desconocían. No era tarea sencilla representar por escrito el romance, pues en primer lugar la misma ortografía latina no ofrecía siempre recursos adecuados para reproducir ciertos sonidos romances. El escriba, habituado a las pautas latinas y respetuoso con la imagen gráfica que el latín presentaba, podía mantenerla, aun a sabiendas de omitir la referencia a la real articulación romance. Si, por el contrario, se sentía atraído por la fidelidad a esta, arbitraba procedimientos a base de las letras latinas para reflejarla con alguna aproximación. Por ello, la determinación exacta de la fonía, oculta tras los testimonios gráficos primitivos, es en extremo dificultosa y requiere análisis muy demorado. La aparente torpeza de estos documentos no es más que inhabilidad gráfica. No nos ofrecen estos documentos el proceso de constitución de los romances, sino el de su normalización escrita.

En consecuencia, en las glosas observamos vacilaciones gráficas entre el conservadurismo latino y el intento innovador de representar el romance: así, *partitiones* con *ti*, frente a *bertiziones* con *zi*; *lebantau* o *lebantai* conservadores frente a *tras-torné*, o *betait* frente a *venot* o *sufriot*. Estas formas últimas,

con *-t* final representada son arcaísmos, como en *aflarat*, *get*, *tienet*, *geitat*, *oset*, *kadiot*, *kisieret*, *abieret*, *siegot*, que acaso aludan a un sonido real aunque caduco, pues choca, si la *-t* fuese puramente gráfica, que en los plurales casi nunca deje rastro (*fazen*, *parecen*, *son*, *foren*, *siegan*, *monden*, *torneren*). Hay rasgos castellanos, como la diptongación en *quien*, *convienet*, *lueco*, *fuera*, *bientos*, *tierras*, y, en común con documentos navarros (y leoneses), la vacilación de *uamne* ~ *uemne*, la presencia de laterales palatales en *pillu*, *conceillo*, *taillatu*, las asimilaciones del artículo a la preposición en *cono*, *ena*, el mantenimiento de *it* en *multos*, *feita*, *ditos*, *fruitu*, y naturalmente la grafía de *f-* (*fere*, *famne*, *fartare*). También tienen aire navarro los dígrafos *ng* para la nasal palatal en *aluenge*, *punga*, *seignale* (= *alueñe*, *puña*, *señal*), y *sc* precedido de *i* para representar la palatal fricativa en *eleisco*, *laisces*, *elaiscayet*. Las grafías *c*, *t* y *p* para las oclusivas sonoras [g, d, b] en *lueco*, *dico*, *facanos*, *sieculos*, *macare*, *matastra*, *patre*, *betatu*, *toto*, *sapiendo*, se registran también en documentos del norte castellano y navarros, y pueden hacer pensar en la posible indistinción de sordas y sonoras en las zonas cantábricas. Acaso se utilizaba *c* para representar la sonora [g] porque la letra *g* es habitualmente grafía de la palatal [y]: *segamos*, *gelemo*, *geitat*, *gerro*; lo cual podría explicar el uso de *k* para la sorda: *kaigamos*, *kisieret*, *ke*, *aplekatos*, *akelos*, porque además *c* era grafía de sonidos africados: *serbicios*, *beces*, *acetore*, *conceillo*.

Junto a estos rasgos ajenos al castellano literario medieval, las glosas ofrecen ya resultados modernos como la reducción de los diptongos decrecientes en *correnteros*, *trastorné*, *terzero*, *fere*, *sepat*. Incluso, las glosas —como otros documentos norteños— anuncian lo que será normal en el español a partir del siglo XVI: mientras el castellano toledano desde el siglo XIII distingue los fonemas oclusivo /b/ y fricativo /v/, y las sibilantes sordas de las sonoras, en las glosas se da constantemente la indiferenciación: *lebantai*, *bertiziones*, *serbiciales*, *salbos*, *bebetura* ~ *ueueturas*, *betait* ~ *uistia*; *pressa* ~ *presos*, *ficieremos* ~ *fazen*, *dicet*, *terzero*. ¿Hasta qué punto se trata de vacilaciones gráficas o de indistinción fonemática?

La *Nodizia de kesos* de Rozuela, aunque con muchos rasgos

romances, es aún menos castellana que las *Glosas*, y, sobre todo, no contiene ninguna frase larga romance. Se trata de una seca enumeración de los quesos dispensados por el convento para compensar diferentes trabajos. No ofrece tampoco rasgos evidentes de lo que sería a fines del siglo x (o principios del xi) el habla leonesa. Es muestra patente de la inhabilidad gráfica para reproducir el romance. Sorprende que el escriba diga *kesos* y no *keisos* cuando el diptongo todavía existía en zonas castellanas. Parece que era incapaz de poner por escrito cualquier diptongo, puesto que consigna *puseron*, *Kastrelo*, *leba*, *Rocola* (y no *pusieron*, *Castriello*, *lieva*, *Rozuela*). Por otra parte, también aparece la vacilación gráfica para sordas y sonoras: *nodicia*, *apate*, *soprino*, *salbatore*, etc., que requeriría otra explicación.

Los documentos de los dos extremos de esta área de la meseta, entre el Esla y el Ebro, vemos que ofrecen idénticas vacilaciones al poner por escrito el romance, el mismo estropicio del latín originario, la misma dificultad para reflejar la auténtica habla coetánea. La diversidad dialectal existente en esas tierras no impedía, según dijimos, los intercambios y la comunicación. Se fueron unificando en gran parte estas hablas desde el centro burgalés. En el norte perdurarían restos del criollo originario, algunos de los cuales, aunque la grafía no los recoja, se propagaron hacia el sur, tal como la pérdida de *f*- inicial y acaso la indistinción de sibilantes sordas y sonoras, que triunfaron en los tiempos modernos. Otros rasgos, comunes con el occidente leonés (p. e. los diptongos decrecientes, la vocal *-u* final o la esporádica palatalización de *l*- inicial) quedaron relegados allá para desaparecer más tarde. Las zonas oriental y riojana del área mantuvieron aún ciertas semejanzas con los romances navarro y aragonés. La extremadura castellana presentaría la amalgama de los rasgos uniformadores de Burgos con algún relicto del mozárabe primitivo. En el centro político del gran condado castellano, cuyas características idiomáticas se reflejan en la documentación de Burgos, Cardena y Covarrubias, se fraguan los rasgos que más tarde se revelarán en el castellano literario, y desde allí se van irradiando hacia occidente y oriente. La nivelación lingüística hacia el oeste barre poco a poco las características leonesas: hoy, salvo en la banda occidental, se ha impues-

to un castellano aleonesado. No hay ruptura de la continuidad desde León a Palencia, Valladolid, Burgos, La Rioja y Soria. Habrá aquí o allá preferencias por estas o aquellas palabras, por estos o los otros significantes, por unas o por otras construcciones sintácticas, pero es imposible tropezar con una frontera clara que separe zonas con rasgos diferenciales importantes. Parecido proceso se ha cumplido hacia el este con la castellanización de los romances navarro y aragonés (salvo el reducto pirenaico de Huesca). Esta situación homogeneizada de las modalidades orales desde León hasta Aragón, origina entre los hablantes el sentimiento de poseer todos una misma lengua, que, a la vez, coincide en lo esencial con la escrita o culta de la literatura y, con reservas, de sus subproductos administrativos, jurídicos y televisivos.

Terminamos nuestro recorrido por la lengua de hace casi mil años, la que se asoma entre las líneas y en los márgenes del códice silense, reflejo condensado y humilde de las palabras con que Domingo Manso y sus monjes platicarían entre sí y con feligreses y romeos. Hablamos esa misma lengua histórica cuyos vagidos (sigamos con la imagen) oímos en las pálidas letras de los pergaminos entre los estertores turbios desprendidos de los renglones de descuidado latín. Hoy, el destino la ha convertido en coral multitudinario entonado en grandes áreas del universo mundo. Estamos muy orgullosos de los 300 ó 400 millones de hablantes del español, pues la cantidad y el número son propiedades que nos suelen fascinar. Pero, en verdad, sin negar la importancia que la densidad de hablantes tiene para una lengua, contengan sus grandilocuentes palabras los próceres políticos de aqueude y allende la mar oceana con sus contabilidades millonarias de usuarios del idioma. A mí me basta pensar que en esta lengua está escrito Don Quijote, que en ella se expresaron —sin remontarnos muy atrás— Garcilaso, Luis de León, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Lope, Góngora, Quevedo, Calderón, Gracián, etc., etc., para sentirme gratificado por el azar de hablar español. No he intentado hacer una loa del idioma. Simplemente he dicho la verdad.

EMILIO ALARCOS LLORACH.